

LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1909

DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XVII

Redacción: Avenida de la Estación. Letra D. Bajo

Lunes 20 Abril de 1925

Teléfono nú. n. 90

Núm. 4.337

LA CHINA SELGAS 12 LORCA

Esta casa pone en conocimiento del público, que ha recibido un completo surtido en **PAÑERÍA** y **FORRERÍA** para la presente temporada, de las mejores Fábricas, pudiendo responder esta casa de las clases de los artículos y del colorido de los mismos.

El lema de esta casa es servir al comprador con los mejores generos, y dar los precios más económicos.

LA CHINA

La casa que más barato vende

HELADOS

PEPE MIRALLES

el popular turroneo de **JIJONA** ofrece al público en su nuevo establecimiento

Calle de Alonso el Sabio 2

Los riquísimos helados: Turrón de Jijona y de Nieve Mantecado :: Chocolate :: Avellana y los sin rivales Quesitos Americanos

:: Horchata :: Limón y Agua de cebada ::

También tiene a la venta el clásico Turrón de Jijona, Pastelitos "G. o. ía" Peladillas y Gurrapiñadas.

Se sirve a domicilio.

HORQUILLAS ONDULADORAS

Eléctricas é inmantadas

MESEGUER PLAZA CONSTITUCION

TEATRO GUERRA

ESTRENO DE "LA JÁBEGA"

Pocas veces se verá la sala del Guerra como la noche del sábado último.

La curiosidad, la expectación y sobre todo, las simpatías con que Arderius cuenta en Lorca, hicieron que el local del Guerra, fuera insuficiente para contener a un auditorio, tan heterogéneo como numerosísimo, curioso de este aspecto de su personalidad y deseoso de manifestarle su adhesión y su aplauso.

En medio de un religioso silencio y de una expectación enorme, se alza el telón.

La escena representa un luminoso rincón mediterráneo. En él, con el auxilio de un arte y de la jábega, viven una vinda joven y su hija Bárbara. Entre los pescadores que trabajan a sus órdenes hay uno, Quico, de quien se ignora historia y procedencia, que es objeto de las murmuraciones de sus compañeros. Le tachan de mal hombre, egoísta, audaz, interesado. Bárbara, está enamorada de Quico. Las gentes lo saben, pero recelan que Juliana, la vinda, siente también cariño hacia este hombre. Juliana

ha expresado más de una vez sus deseos de volver a casarse; en su casa hace falta un hombre que lleve el negocio. Pero encuentra la hostilidad de todos que prevén el conflicto pasional que se avecina. Pero esta hostilidad misma aviva la pasión que siente hacia Quico.

Bárbara llega a confesarle a éste el amor que le inspira; le propone robar la jábega y huir lejos, baruntando tal vez, el drama interno de la madre. Pero Quico se niega a aquella fuga. ¿Para qué? ¿Por qué? ¡Allí pueden vivir tranquilos. No hay que hacer locuras.

Juliana, que vigila todos los pasos de Quico, ha escuchado y apenas queda sola la hija sale y la recrimina duramente. No quiere que tenga relaciones con aquel mal hombre. A quello no está bien. La insta a desistir de sus propósitos. La hija defiende su amor. ¡Lo quiere! ¡Lo quiere! El también la quiere «de ley». Nada malo hace con ello.

Pero Juliana insiste insiste en su oposición, y Bárbara, en la frase final del acto da a enten-

LA VALENCIANA :: Zapatería

Esta casa ofrece al público en general, un saldo de Zapatos para Señora, clases en Charol, Becerros y Dórgo-las negro y color a precios nunca vistos.

De becerro negro y color desde SEIS pesetas en adelante.

En charol varios modelos de 8 a 16 pesetas

Solo por ocho días.-Zorrilla 1.-Lorca

DOCTOR DELGADO RUBIO

OCULISTA

Del Instituto Oftálmico Nacional

CORREDERA 19 (CASA DE FRIAS)

CONSULTA DE 10 a 1 y de 8 a 5

ESPECIALMENTE A HORAS CONVENIDAS

GRATIS A LOS POBRES

der la cruel verdad que no quisiera saber nunca. ¿No te negarás por otra cosa, madre, por otra cosa!.

Cae el telón. Suenan estrepitosas ovaciones. Arderius es llamado al palco escénico. Emocionado, recibe entre los intérpretes, aquellas cariñosas y entusiastas manifestaciones de aprobación.

Y salimos a los pasillos, deseosos de recoger impresiones. Nada mejor que pulsar la opinión del público, supremo juez, en estas lides. Y en todos los labios oímos las mismas frases indicadoras de un sentir unánime. ("Esto está bien", "No parece obra de autor novel", "Hay dominio de la técnica teatral", "Tiene interés", "Tiene ambiente".)

Entre basfidores, Arderius va estrechando manos amigas, recibiendo abrazos efusivos, escuchando felicitaciones.

El «tercer toque» dispersa a las gentes de los pasillos.

Con el mismo religioso silencio ininterrumpido, demostrativo del interés con que es escuchada la obra, empieza el acto segundo.

Interior de la casa de Juliana. Es de noche. La vinda regresa a su casa después de un velatorio. Se observa en ella cierta preocupación y deseo de quedar sola. Ordena a todas que se acuesten y se recoge ella también en su alcoba. Queda desierta la escena. Se oyen fuera los primeros compases de «la Aurora». A poco, guiada por la curiosidad y tal vez la ilusión de poder ver a Quico, sale Bárbara de su cuarto y acude a la ventana, pero un ruido que le llega del cuarto de la madre, la hace retirarse de nuevo a su habitación. Y Juliana sale sigilosamente. Llamando a la puerta. Abre Juliana y da paso a Quico. Lo ha citado

ella al f, y a deshora, porque lo creía más seguro y recelaba de todos y de todo. El ha obrado con menos sigilo y con franqueza. Ha acudido a la cita con unos amigos que lo esperan fuera. Que no tema nada; será suyo para siempre, se casarán.

Ella goza el triunfo de su pasión. Obtiene de él, el juramento de que ni antes ni después ha querido ni querrá a nadie más que a ella. El jura y por fia. Dice que va a salir y a llamarla a la ventana, para que los vean todos. No hay por qué encubrir aquel cariño que es bueno y honrado. Y sale.

Un grito ahoga-lo y un ruido extraño que llegan del cuarto de Bárbara, sobresaltan a la madre. La muchacha se ha desmayado. La sacan exánime a escena. Juliana, en una explosión sincera de amor maternal, la acaricia, mimosa y hondamente consolada. Acuden a sus gritos los familiares y algunos pescadores. Todos rodean y atienden a Bárbara, que va reaccionando lentamente. Y Quico asoma a la ventana como prometió. Y llama a Juliana. Y Juliana acude, dejando a la hija... Siguen los cantos de la Aurora.

Acaba el acto.

Se reproducen las ovaciones con más calor y espontaneidad aún que antes. Arderius recoge nuevamente el cariñoso homenaje del auditorio. De la galería salen voces de: «Viva don Tomás!»

En el pasillo, en boca de un labriego de nuestros campos, oímos una frase ingenua y significativa: «Este hombre se hace grande, sea en lo que sea».

Empieza el tercer acto.

Ha transcurrido un año. Juliana y Quico se casaron. Después de logrado su objeto—aducir el arte y de la jábega—Quico se muestra tal cual es: Pe-

denciero, borracho, despótico, grosero. Pero en él late un deseo insatisfecho y brutal, que le obsesiona. Hacer suya a Bárbara. A raíz de la boda de su madre, la muchacha se fué a vivir con su abuela, y no ha vuelto a la casa. Pero aquél día, le han anunciado a Juliana su visita. A Bárbara le dijeron que su madre estaba gravemente enferma y a su lado presurosa. Madre e hija se confunden en estrecho abrazo.

Quico, apesar de un temporal reinante se ha echo a la mar momentos antes. Bárbara quiere irse de nuevo, antes que Quico vuelva de la pesca. La seguridad de saberlo fuera y por muchas horas, hacen que madre e hija prolonguen aquel dichoso encuentro que las hace felices.

Y Quico hace irrupción en esa cena, instantes después, aprovechando la soledad de Bárbara. Viene mojado y jadeante; el deseo tanto tiempo contenido ha una expresión ruda y salvaje. Se hizo a la mar para no inspirar sospechas, pero apenas se alejaron, había abandonado la barca y gado la costa a nado. Sería suya ahora. Vuelve en su casa. ¿Qué le importaban los demás? Se haría lo que él quisiera.

Bárbara, horrorizada ante la pasión cruda y fuerte de aquel hombre, se resiste, intenta huir, lo apostrofa. Luchan sorda y salvajemente. Si no la suelta gritará, vendrán todos. ¿Y qué? Que grite. Nada le importa ya.

Y Bárbara llama desgarradamente a la madre. Juliana sale. Se interpone entre ellos. Le grita a la hija que se vaya, acaricia inquieta y temerosa al marido. Quico la rechaza, brutal, y vuelve a asir a Bárbara. Acuden pescadores. Quico se muestra desafiador y despótico. Un viejo marino desenvaina un puñal, pero es sujetado por los otros.

Culmina la tragedia. Juliana, loca, arrebatada a Quico el arma que lleva en la faja y lo apuñala por la espalda, matándolo.

Un pescador que llega de la playa, nos dice que la barca se hundió y con ella la jábega.

Y acaba el drama.

Las ovaciones adquieren ahora, su máxima intensidad. Sale nuevamente a escena el autor. Gritan insistentemente entre vivas y aclamaciones, ¡que hable! ¡que hable! Y Arderius adelanta hasta las caudilejas. Con frase emocionada agradece aquel homenaje que él estima de cariño y benevolencia. No cree propicio el momento para manifestaciones de otra clase. Al que rer honrarse y engrandecer